

de envolver el pueblo y después se reanudó el asalto. Un tiroteo desordenado, con armas de todos los calibres, atronaba el aire, oyéndose el estrépito a varios kilómetros de distancia.

Los vecinos, además del alcalde, tenían a su frente a un hombre valeroso llamado Sérgulo Román Moreno, de 32 años y de profesión comerciante. Se defendían desde las ventanas y las esquinas, convencidos de que tendrían que sucumbir, por lo que su resolución de morir matando era más fiera y desesperada. Al lado de los que defendían sus hogares estaban las mujeres y niños, condenados a caer a su lado en la inevitable matanza.

Acabó la mañana sin que el tiroteo decre-



Iglesia de Arenas de San Juan (Detalle)

veían charcos de sangre, armas abandonadas, muebles sacados al arroyo y destrozados.

La Cruz Roja de Daimiel logró salvar a muchos heridos, evitando que fueran rematados y recogidos en sus ambulancias. Los muertos en Arenas pasaron de 40. Figuraban entre ellos:

Don Sérgulo Román y tres hermanos suyos; don Angel Gil Ortega, propietario; don Luis y don Esteban Vaquero, propietarios; don Vicente Rincón Chocano, propietario; don Vicente Rincón Torregrosa y tres hijos; don Emiliano Vaquero Hernández, labrador; don Santos Sánchez Moreno, propietario; don Euquerio Romero, doña Eduvigis Moreno, don Julián Sosa Pérez, don Melquiades Sosa, don Faustino Sosa Fernán-

“El alma del alcalde de Móstoles y de otros regidores cuyos nombres se enaltecieron en las grandes crisis de España, se habían aposentado ahora en este tosco campesino que hablaba de poder a poder con el representante de la República”.

ciase y sin que el pueblo quedara dominado. Los atacantes habían conseguido poner pie en las primeras casas, y, para abrirse paso a las demás, donde la resistencia continuaba les dieron fuego. Pronto al calor sofocante del mediodía de julio se añadió el de los incendios, y el aire se hizo irrespirable por el humo. No se daba cuartel. Ante las casas que ardían se remataba a los defensores y a sus familiares, sin distinción de edades ni sexos. Algunos niños corrían alocados, con las ropas incendiadas, entre los tiros que llegaban de todas partes.

Los milicianos y guardias de Asalto se relevaban para comer. De los defensores no lo hizo casi nadie, porque la angustia y lo empeñado y desigual de la defensa no permitían tregua ninguna. Pero la naturaleza humana tiene unos límites que no se rebasan. Eran ya las seis de la tarde cuando el agotamiento físico, unido a la falta de municiones puso un punto final a la pelea.

Proseguía el incendio que de unas casas pasaba a otras. Proseguía también el asesinato de los defensores rendidos o de las personas de cualquier posición que al paso se encontraban. Entre las bajas de los atacantes figuraban dos milicianos de Manzanares, otros dos de Villarta y uno de Ciudad Real, muertos, y muchos heridos, algunos gravísimos, que las ambulancias de la Cruz Roja condujeron a Daimiel, Manzanares y Alcázar, en cuyos hospitales ingresaron.

La dura resistencia exacerbó el rencor de

los vencedores. De sus escondrijos salieron a unírseles y a guiarlos los socialistas e izquierdistas locales, así como los que en los primeros momentos se habían refugiado en los pueblos próximos. Los más destacados eran Felipe Moreno, Otilio Arriaga, que luego se hizo cargo del Ayuntamiento, y al que se nombró alcalde, Trinidad Miguel (*Tiburón*), Gervasio Ocaña, Matías Chico y Feliciano Díaz Alejo. Puestos a la cabeza de las patrullas de milicianos, estos individuos señalaban las casas «de fascistas»:

—Esta es una...

No hacía falta más. Si todavía había alguien en ella, se le sacaba hasta la puerta y allí se le fusilaba. El alcalde, Hilario Rincón, fue buscado con verdadera saña. Antes de dar fuego a su casa le asesinaron en unión de su esposa y de tres hijos.

Ardían también las casas del médico don Luis Carrero, de Benito Ubeda, Vicente Rincón, Luis Vaquero, Angel Gil Ortega, Antolín Romero, Brígido Rincón, Juan Romero, la de la viuda de Proato Chocano, la del sastre Roberto Pomán, las de Basilio Moreno, Vicente Rincón y Eduvigis Moreno Chocano.

El cuadro que ofrecía Arenas a la caída de la tarde producía espanto. Una espesa columna de humo se elevaba recta al límpido cielo, y de los edificios calcinados brotaba un fantástico surtidor de chispas. Los cadáveres aparecían tendidos en las calles o se chamuscaban en las hogueras. Por todas partes se

de, don Tomás Lozano, don Juan Romero, don Pablo Pérez Carrascosa, inspector de Hacienda de Ciudad Real, al que sorprendieron los sucesos en el pueblo; don Emiliano Sánchez Crespo, maestro nacional; don Francisco Díaz Román, Don Vicente Moreno Guzmán y un hijo suyo, don Raimundo Zamora, don Luis Rincón y el alcalde Hilario Rincón con toda su familia, así como la esposa de un guardia civil, llamada Petra, y otro propietario apellidado Moreno Vallejo”.

Con esto terminamos. Este relato, que bien pudiera recogerse en las antologías del heroísmo patrio, es la rúbrica más elocuente de por qué no quiso morir de rodillas un pueblo. Estos y no otros son los hechos que deberían recoger los investigadores del cine o de la pequeña pantalla para que no nos sintamos avergonzados en esta hora de silencios y traiciones de España. Alguien, muchos y hoy cada día más, saben sentirse llamados por el heroísmo cuando es España quien los reclama. En todos los caminos de esta tierra manchega hay gloria y sangre de mártires y de héroes de ambos lados, calificativo hoy en desuso porque tampoco hay tantos los que lo merecen. Sin embargo, sin esta redención de unos pocos, España no será grande, sino chata y fea, ésa que no gusta a los enamorados...

Servicio de Documentación de DESPERTAR

Ilustración de Joaquín Valverde